



LIAN  
HEARN

# LEYENDAS de los OTŌRI

EL SUELO DEL RUISEÑOR

Este libro es la primera entrega de la saga, *Leyendas de los Otori*, saga que transcurre en un mundo imaginario, que bien podría ser el Japón feudal, a mitad de camino entre la fantasía y la tradición.

Takeo pertenece al clan de los Ocultos, cuando descubre que todo su clan ha sido aniquilado por los Tohan emprende una desesperada huida de la que sale bien parado gracias a la intervención de Shigeru, señor del clan Otori, quien le adopta y prepara para cumplir con un misterioso destino. Los extraordinarios poderes que Takeo posee lo convierten en la pieza clave de la intriga, al tiempo que se enfrenta a la pasión de un amor inalcanzable.

Un paisaje de gran belleza desgarrado por luchas intestinas. Una antiquísima tradición minada por espías y asesinos. Una sociedad de rígidos códigos y castas trastocadas por amor.

## 1

A menudo mi madre me amenazaba con descuartizarme en ocho pedazos si derramaba el cubo lleno de agua o si fingía no oír su llamada para que volviera a casa al atardecer, cuando las cigarras cantaban con más intensidad. Yo oía cómo su voz, áspera y cortante, hacía eco a través del valle solitario: «¿Dónde estará ese bribón? ¡Le haré trizas en cuanto regrese!».

Pero cuando volvía a casa —cubierto de barro tras deslizarme por la ladera de la colina, magullado a causa de las peleas y en una ocasión sangrando a borbotones por una pedrada que recibí en la cabeza (aún tengo la cicatriz, una marca plateada con forma de uña)—, me encontraba con la hoguera encendida y la sopa humeante; los brazos de mi madre no me hacían trizas, sino que intentaban sujetarme para limpiarme la cara o atusarme el cabello, mientras yo me retorcí como una lagartija tratando de librarme de ella. Mi madre era robusta, debido a los años de duro trabajo, y todavía joven: me dio a luz antes de cumplir los 17 años. Cuando me sujetaba, caía yo en la cuenta de que nuestro tono de piel era el mismo, aunque era esto lo único que teníamos en común, pues sus rasgos eran anchos y serenos, mientras que los míos, según me decían (en la remota aldea montañosa de Mino no había espejos), eran más afilados, como los de un halcón. Ella solía salir victoriosa del forcejeo, y su premio era el abrazo del que yo no podía escapar. Entonces me susurraba al oído la bendición de los Ocultos, mientras que mi padrastro se lamentaba, a regañadientes, de que me mimaba demasiado, y las pequeñas,

mis hermanastras, saltaban a nuestro alrededor con el deseo de compartir el abrazo y la bendición de nuestra madre.

Así pues, yo estaba convencido de que la amenaza de mi madre sólo era una forma de hablar. Mino era un lugar apacible, demasiado apartado de las salvajes batallas entre los clanes. Yo nunca había imaginado que los hombres y mujeres pudieran ser literalmente descuartizados en ocho pedazos, ni que sus fuertes extremidades de color miel pudieran ser arrancadas y lanzadas a los perros hambrientos. Criado entre los Ocultos, había adquirido la gentileza que los caracterizaba, e ignoraba que los humanos pudieran cometer tales atrocidades.

Cuando cumplí los 15 años, mi madre ya no vencía en nuestros forcejeos. Yo crecía unos 15 centímetros al año, y para cuando cumplí los 16 era más alto que mi padrastro. Éste refunfuñaba cada vez más, e insistía en que yo debía sentar la cabeza, dejar de vagar por la montaña como un mono salvaje y unirme por medio del matrimonio a una de las familias del poblado. No me disgustaba la idea de casarme con alguna de las chicas junto a las que había crecido, y ese verano puse más empeño al trabajar junto a mi padrastro, dispuesto a ocupar el lugar que me correspondía entre los hombres de la aldea. Es cierto que algunas veces no podía resistirme a la fascinación que la montaña ejercía sobre mí, y al final del día me escabullía atravesando la plantación de bambú, con sus troncos altos y suaves entre los que la luz adquiría un tono verdoso. Entonces, ascendía por el sendero rocoso, pasando por el santuario del dios de la montaña —donde los lugareños depositaban mijo y naranjas a modo de ofrendas—, y me adentraba en el bosque de abedules y cedros, donde los ruiseñores y los cuclillos lanzaban sus seductores cantos. Allí contemplaba los zorros y los ciervos, y escuchaba el melancólico lamento de los milanos reales que surcaban el aire.

Aquella tarde había atravesado la montaña en dirección a la zona donde crecían las setas más deliciosas. Ya había llenado un saco con ellas: unas blancas y pequeñas como hebras; otras grandes y anaranjadas, con forma de abanico. Pensaba en lo contenta que se iba a poner mi madre y en cómo las setas apaciguarían el mal humor de mi padrastro. Se me hacía la boca agua con sólo pensar en comerlas. A medida que corría entre el bambú y me acercaba a los arrozales, donde los lirios rojizos ya habían florecido, me pareció apreciar en el aire un olor a quemado.

Los perros de la aldea ladraban, como solían hacer a la caída de la tarde, y el olor se tornaba más acre e intenso. No es que sintiera miedo, al menos de momento, pero un presentimiento hacía latir mi corazón con más fuerza. Más tarde vería la aldea envuelta en llamas.

Los incendios no eran infrecuentes en nuestro poblado, pues la mayoría de nuestras pertenencias estaban elaboradas con madera o con paja. Lo extraño era que no se oía el griterío, ni el sonido de los cubos de agua al pasar de mano en mano, ni los alaridos y maldiciones habituales. Las cigarras cantaban con la misma intensidad de siempre y las ranas croaban desde los arrozales. En la distancia, el sonido de los truenos hacía eco entre las montañas; el aire era húmedo y pesado.

Yo no dejaba de sudar, pero el sudor se helaba en mi frente. Crucé de un salto la zanja del último de los campos que formaban bancales, y contemplé a mis pies lo que hasta entonces había sido mi hogar: la casa había desaparecido.

Me acerqué; las llamas todavía crepitaban y lamían las vigas ennegrecidas. No había rastro de mi madre o mis hermanas. Intenté gritar, pero la garganta no me obedecía, y el humo, que me ahogaba, hacía que las lágrimas brotaran a borbotones. La aldea entera estaba en llamas, pero ¿dónde estaban todos?

En ese momento estallaron los gritos. Procedían del templo, a cuyo alrededor se apiñaba la mayoría de las casas. Recordaban al aullido de un perro herido, aunque el perro pronunciaba palabras humanas entre sus gritos de agonía. Creí reconocer las oraciones de los Ocultos, y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Deslizándome como un fantasma entre las casas envueltas por el fuego, dirigí mis pasos hacia el sonido.

El poblado estaba desierto y yo no podía imaginar dónde estaría mi familia. Me dije que habrían escapado: tal vez mi madre había llevado a mis hermanas al bosque y allí estarían a salvo. En cuanto averiguase quién gritaba, iría a buscarlas. Pero al acceder desde el callejón a la calle principal, me topé con dos hombres que yacían en el suelo. La suave lluvia del ocaso caía sobre ellos, que mostraban una expresión de asombro, como si no acertaran a comprender por qué estaban tumbados bajo la llovizna. Ya no importaba que sus ropas se empaparan, pues nunca más se podrían levantar.

Uno de ellos era mi padrastro.

Desde ese momento, el mundo no fue el mismo para mí. Ante mis ojos surgió una especie de niebla y, al desvanecerse, ya nada parecía real. Tuve la sensación de haberme trasladado al otro mundo, al que coexiste junto al nuestro, ese mundo que visitamos en nuestros sueños. Mi padrastro vestía su mejor túnica; la tela azulada se había oscurecido con la lluvia y lamenté que se hubiera estropeado, pues él siempre se había sentido orgulloso de ella.

Me alejé de los cadáveres y atravesé la cancela del templo. Sentía el frescor del agua sobre mi rostro. Súbitamente, los gritos cesaron.

En los jardines del santuario había unos hombres desconocidos que parecían estar realizando una especie de ritual sagrado. Llevaban paños enroscados sobre la cabeza, estaban desnudos de cintura para arriba, y sus brazos relucían, empapados por el sudor y la lluvia. Jadeaban, faltos de res-

piración, y sonreían mostrando sus blancos dientes, como si una matanza fuera tan laboriosa como la recolección del arroz.

Goteaba agua del aljibe donde los devotos acostumbraban a lavarse las manos y la boca para librarse de las impurezas antes de acceder al templo. Poco antes, cuando el mundo era normal, alguien había encendido incienso en el enorme caldero, y el olor de los últimos rescoldos se extendía por el patio, enmascarando el amargo hedor a sangre y muerte.

El hombre al que habían descuartizado yacía sobre las piedras mojadas. Tan sólo pude identificar los rasgos de la cabeza, ahora seccionada del cuerpo: era Isao, el señor de los Ocultos. Su boca permanecía abierta e inmóvil, mostrando una última mueca de dolor.

Los asesinos habían apilado pulcramente sus casacas junto a una columna, y en ellas se distinguía con claridad el blasón de la triple hoja de roble: eran hombres Tohan, procedentes de Inuyama, la capital del clan. Recordé entonces a un viajero que había atravesado la aldea a finales del séptimo mes. Se hospedó en nuestra casa, y cuando mi madre inició las oraciones para bendecir la comida, el hombre intentó hacerla callar.

—¿Acaso no sabéis que los Tohan odian a los Ocultos y tienen la intención de atacarnos? El señor lida ha jurado borrarlos de la faz de la tierra —susurró.

Al día siguiente, mis padres acudieron a informar a Isao, pero nadie les creyó. Vivíamos muy lejos de la capital, y las luchas entre clanes nunca nos habían afectado. En nuestra aldea, los Ocultos convivíamos en armonía, todos con la misma apariencia y realizando labores similares; las oraciones eran lo único que nos diferenciaba. ¿Por qué iba nadie a querer atacarnos? Parecía imposible.

Y tal ataque me seguía pareciendo inconcebible mientras permanecía yo, paralizado, junto al aljibe. El agua goteaba sin cesar, y sentí el impulso de tomar un poco en el

cuenco de la mano para limpiar la sangre del rostro de Isao y después cerrar su boca cuidadosamente, pero era incapaz de moverme. Sabía que de un momento a otro los Tohan se darían la vuelta y, al descubrirme, me descuartizarían. No mostrarían pena ni compasión alguna: una vez que habían sacrificado a un hombre en el templo, la muerte los había enloquecido.

A lo lejos podía oírse con asombrosa claridad el ruido de un caballo al galope. A medida que el sonido de los cascos se acercaba, tuve el tipo de premonición que suele aparecer en los sueños: sabía de antemano a quién iba a ver cruzando la cancela de acceso al templo. Nunca antes le había visto, pero mi madre nos lo pintaba como una especie de ogro con el que nos amenazaba para que la obedeciéramos: «No os perdáis por la montaña, no juguéis junto al río. Si no me hacéis caso, lida os atraparé». Le reconocí de inmediato: era lida Sadamu, el señor de los Tohan.

El caballo se encabritó y relinchó por el olor de la sangre, lida permanecía inmóvil, como si fuese una estatua de hierro. Una coraza negra le cubría el cuerpo, y su yelmo estaba coronado con una cornamenta; su barba, corta y negra, enmarcaba una boca cruel; los ojos le brillaban, como a un cazador de ciervos.

Aquellos ojos brillantes se encontraron con los míos. Al momento averigüé dos cosas sobre él: primero, que no temía a nada humano ni divino; segundo, que le fascinaba matar por matar. Había reparado en mí, y yo no tenía escapatoria.

Empuñaba su sable en la mano, y lo que me salvó fue la resistencia del caballo a atravesar la cancela del templo: el corcel se encabritó otra vez, retrocediendo sobre sus patas traseras, lida soltó un grito, los hombres que estaban en el templo se dieron la vuelta y, al notar mi presencia, comenzaron a gritar en el tosco dialecto de los Tohan. Tomé los últimos restos de incienso, sin notar apenas la quemazón en mis manos, y huí del lugar atravesando la cancela. Cuan-

do el caballo se acercó a mi lado, arrojé el incienso ardiente sobre su flanco. Entonces, el animal se irguió por encima de mí y sus enormes cascos casi me rozaron las mejillas. Oí el silbido del sable, que descendía por el aire. Me daba cuenta de que los Tohan me rodeaban. Mi salvación parecía imposible; pero, súbitamente, tuve una extraña sensación, como si me desdoblara en dos. Pude ver cómo el sable de lida caía sobre mí y, sin embargo, no llegó a tocarme. Me lancé de nuevo sobre el caballo, y éste resopló de dolor y empezó a dar violentos saltos, lida, que había perdido el equilibrio al no haber alcanzado el blanco con su espada, se descolgó hacia delante y cayó pesadamente en el suelo.

El horror y el pánico hicieron presa de mí. ¡Había derribado del caballo al señor de los Tohan! La tortura y el dolor con que pagaría una acción de tal envergadura no tendrían límites. Tal vez debería haberme arrojado al suelo suplicando la muerte, pero no deseaba morir. Algo hizo que la sangre me bullera, y ese algo me decía que yo no iba a perder la vida a manos de lida: él moriría primero.

Yo no sabía nada en absoluto sobre las guerras entre clanes ni de sus rígidos códigos de honor o sus contiendas. Había pasado toda mi vida junto a los Ocultos, a quienes les está prohibido matar y se les enseña a perdonar a sus semejantes. Pero, en ese instante, la venganza me tomó como pupilo, reconocí su presencia de inmediato e instantáneamente aprendí sus enseñanzas. Yo quería venganza, pues ésta me libraría de la sensación que me embargaba, la de ser un fantasma viviente. En ese momento le hice un hueco en mi corazón: propiné una patada en la entrepierna al hombre que tenía más cercano, clavé los dientes en una mano que me sujetaba por la cintura y huí en dirección al bosque.

Tres de los hombres salieron en mi persecución. Eran más robustos que yo y corrían a más velocidad, pero yo conocía bien el terreno y para entonces ya casi había oscurecido. Seguía lloviendo, ahora con más fuerza, y los empina-

dos senderos de la montaña resultaban tan resbaladizos como peligrosos. Dos de los hombres seguían llamándome, diciéndome lo que les gustaría hacer conmigo y lanzando juramentos con palabras cuyo significado yo tan sólo acertaba a imaginar; pero el tercero de ellos corría en silencio, y era éste el que más me asustaba. Puede que los otros dos se dieran la vuelta al cabo de un rato, con la intención de regresar a su licor de maíz —o a cualquiera que fuera el asqueroso brebaje con el que se emborracharan los Tohan—, asegurando que habían perdido mi rastro en la montaña; pero el tercero nunca se daría por vencido: me seguiría sin descanso hasta darme muerte.

Cerca de la cascada, donde el sendero se hacía más empinado, los dos tipos ruidosos se quedaron rezagados, pero el otro aceleró el paso como suelen hacer los animales al escalar una ladera. Pasamos junto al santuario del dios de la montaña, y un pájaro que picoteaba el mijo emprendió el vuelo, lanzando con sus alas un destello verde y blanco. El sendero se curvaba ligeramente ciñendo el tronco de un gigantesco cedro, y mientras rodeaba yo el árbol, con las piernas pesadas como el plomo y falto de respiración, una figura surgió de las sombras y se plantó ante mí impidiéndome el paso.

Choqué contra él. El hombre emitió un gruñido, como si le hubiera dejado sin aliento, pero me sujetó de inmediato. Me miró fijamente y noté que sus ojos brillaban por la sorpresa, como si me hubiera reconocido, y me asió aún con más fuerza. Ahora ya no sería posible escapar. Escuché cómo el hombre Tohan se detenía y, a continuación, las fuertes pisadas de los otros dos, que llegaban tras él.

—Os pido disculpas, mi señor —dijo el individuo a quien yo temía, con voz firme—. Acabáis de capturar al hombre que estamos persiguiendo. Os doy las gracias.

El desconocido que me sujetaba dio media vuelta y encaró a mis perseguidores. Yo deseaba gritarle, suplicarle; pero sabía que sería inútil. Notaba el suave tejido de su

manto, la delicadeza de sus manos. No me cabía duda de que era un noble, como lida. Ambos tenían la misma apariencia. No, no iba a hacer nada por ayudarme. Permanecí en silencio, mientras recordaba las oraciones que mi madre me había enseñado y el pájaro que había alzado el vuelo.

—¿Qué ha hecho este criminal? —preguntó el noble.

El hombre que se encontraba frente a mí tenía el rostro alargado, como de lobo.

—Disculpad —dijo de nuevo, esta vez con menos cortesía—. Eso es algo que no os incumbe. Es un asunto que sólo concierne a lida Sadamu y al clan de los Tohan.

—¿Ah, sí? —terció el noble, con un gruñido—. ¿Y quién eres tú, que te atreves a decir lo que a mí me incumbe?

—¡Entregadlo de una vez! —vociferó el hombre con cara de lobo, ya desprovisto de toda cortesía.

Entonces, dio un paso adelante y yo me di cuenta de que el noble no tenía intención alguna de entregarme. Con un diestro movimiento, me colocó tras su espalda y me soltó. Por segunda vez en mi vida escuché el sonido silbante del sable de un guerrero al cobrar vida. El hombre con cara de lobo desenvainó un cuchillo; los otros dos portaban sendos palos. El noble empuñó su sable con ambas manos, lo blandió en el aire y, haciendo a un lado uno de los palos, decapitó al hombre que lo sostenía. A continuación, se enfrentó con el individuo con cara de lobo y con un golpe de sable le seccionó el brazo, que todavía sujetaba el cuchillo.

Todo sucedió en un instante, pero a mí se me hizo eterno. Aunque estaba muy oscuro y llovía, al cerrar los ojos puedo verlo hoy con todo detalle.

El cuerpo decapitado cayó pesadamente y un chorro de sangre se esparció por el suelo, mientras la cabeza rodaba colina abajo. El tercer hombre dejó caer el palo que empuñaba y empezó a retroceder pidiendo ayuda a gritos. El tipo con cara de lobo estaba clavado de rodillas en el suelo, intentando poner freno a los borbotones de sangre que manaban de su brazo mutilado.

El noble limpió el sable y lo introdujo en la vaina atada a su cinturón.

—Sígueme —me ordenó.

Yo estaba de pie, tembloroso e incapaz de moverme. El desconocido había aparecido como por arte de magia y había matado a otros en mi presencia para salvarme la vida. Caí de rodillas frente a él, intentando expresar mi agradecimiento.

—Levántate —me dijo—. El resto de los hombres vendrá tras nosotros enseguida.

—No puedo huir —acerté a decir—. Tengo que encontrar a mi madre.

—Ahora no. ¡Ahora tenemos que escapar! —me levantó del suelo a la fuerza y me obligó a avanzar colina arriba.

—¿Qué ha pasado ahí abajo?

—Han incendiado la aldea y matado... —el recuerdo de mi padrastro me volvió a la memoria y me impidió continuar.

—¿Ocultos?

—Sí —susurré.

—Lo mismo está pasando en todo el feudo. Lida está sembrando por todas partes el odio contra los Ocultos. Eres uno de ellos, ¿no es verdad?

—Sí —yo estaba tiritando. Aunque no había acabado el verano y la lluvia era tibia, nunca en mi vida había sentido tanto frío—. Pero no me perseguían sólo por eso. Hice que el señor Lida se cayera del caballo.

Para mi sorpresa, el noble soltó una carcajada.

—¡Me habría gustado verlo! Pero sin duda eso te coloca en una situación peligrosa. Es una ofensa que él tendrá que limpiar. No obstante, ahora estás bajo mi protección, y no permitiré que Lida te aparte de mí.

—Me habéis salvado de la muerte —le dije—. A partir de hoy, mi vida os pertenece.

Por alguna razón, se rió con fuerza otra vez.

—Tenemos un largo camino por delante, con el estómago vacío y la ropa mojada. Hemos de cruzar la cordillera antes del amanecer, pues será entonces cuando emprendan nuestra búsqueda.

Comenzó a dar zancadas a toda velocidad y yo me apresuré tras él, deseando que las piernas me dejaran de temblar y que mis dientes no castañetearan más. Ni siquiera conocía su nombre, pero quería que se sintiera orgulloso de mí y que nunca tuviera que lamentar el hecho de haberme salvado la vida.

—Soy Otori Shigeru —me explicó mientras coronábamos el puerto de montaña—. Pertenezco al clan de los Otori, de Hagi; pero en mis viajes no utilizo mi nombre, así que tú tampoco puedes utilizarlo.

Para mí, la ciudad de Hagi se encontraba tan lejana como la mismísima Luna y, aunque yo había oído nombrar a los Otori, no sabía nada de ellos, excepto que habían sido derrotados por los Tohan en una cruenta batalla librada en Yaegahara 10 años atrás.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Tomasu.

—Es un nombre muy común entre los Ocultos. Es mejor librarte de él.

Permaneció en silencio un buen rato, y después su voz pudo oírse brevemente en la oscuridad:

—Ahora puedes llamarte Takeo.

Y de este modo, entre la cascada y la cima de la montaña, perdí mi nombre, me convertí en alguien diferente y mi destino quedó ligado al de los Otori.

El amanecer nos encontró, fríos y hambrientos, en la aldea de Hinode, famosa por sus manantiales de agua caliente. Nunca en mi vida había estado tan lejos de mi pueblo natal. Todo lo que sabía sobre Hinode era lo que decían los niños de mi aldea: que los hombres eran unos tramposos y

las mujeres eran tan ardientes como los manantiales, siempre dispuestas a acostarse con un hombre por el precio de un cuenco de vino. No tuve la posibilidad de averiguar si tales rumores eran ciertos; nadie se atrevía a engañar a un señor Otori, y la única mujer que vi era la esposa del posadero, que nos servía la comida.

Me sentía avergonzado de mi aspecto. Mi madre había remendado mis viejas ropas tantas veces que era imposible averiguar su color original; estaba sucio y manchado de sangre. No daba crédito a que el noble quisiera que yo me hospedase en la posada, al igual que él. Yo pensaba que tendría que dormir en los establos, pero al parecer él no quería perderme de vista. Le dije a la mujer que lavara mi ropa y me envió al manantial caliente para que me bañara. Cuando regresé, somnoliento a causa del agua caliente y tras una noche en vela, el desayuno estaba preparado en la alcoba y él ya estaba comiendo. Con un gesto, me indicó que comiera yo también. Me arrodillé en el suelo y entoné las oraciones que acostubrábamos a rezar en casa antes de la primera comida del día.

—No debes rezar —masculló el señor Otori, con la boca repleta de arroz con encurtidos—, ni siquiera a solas. Si quieres sobrevivir, tienes que olvidar esa etapa de tu vida. Se ha terminado para siempre —tragó y tomó otro bocado—. Hay cosas mejores por las que morir.

Supongo que un creyente verdadero habría insistido en rezar sus oraciones, y es posible que fuera eso lo que los hombres muertos de mi aldea habían hecho. Me vino a la memoria el modo en que sus ojos se mostraban carentes de vida y sorprendidos al mismo tiempo, y dejé de rezar. Había perdido el apetito.

—Come —insistió el noble, no sin cierta amabilidad—. No quiero tener que cargar contigo todo el camino hasta Hagi.

A duras penas, comí un poco para que él no se molestara. Más tarde me envió a decirle a la posadera que prepara-

se las camas. A mí me incomodaba darle órdenes a la mujer, no sólo porque yo pensara que se iba a burlar de mí y me iba a decir que por qué no lo hacía yo, sino también porque a mi voz le estaba sucediendo algo extraño. Notaba que se iba apagando, como si las palabras fueran demasiado débiles para expresar lo que mis ojos habían contemplado. En cualquier caso, una vez que ella alcanzó a comprender lo que yo le pedía, hizo una reverencia casi tan profunda como cuando se había inclinado ante el señor Otori y se apresuró a obedecerme.

El señor Otori se tumbó, cerró los ojos y se quedó dormido casi de inmediato. Yo esperaba dormirme también al instante, pero mi mente, conmocionada y exhausta, no encontraba reposo. La mano quemada me palpitaba de dolor, y podía oír todo a mi alrededor con una claridad poco usual y ligeramente alarmante: todas las conversaciones de la cocina, todos los sonidos de la ciudad... Mis pensamientos regresaban una y otra vez a mi madre y mis hermanas. Me decía a mí mismo que no las había visto muertas, que lo más probable era que hubieran huido; sí, seguro que se encontraban a salvo. Todos querían a mi madre en nuestra aldea; no, ella nunca habría optado por morir. Aunque había nacido en el clan de los Ocultos, no era una fanática; encendía incienso en el templo y también llevaba ofrendas al dios de la montaña. Seguro que mi madre, con su cara ancha, sus manos rugosas y su piel dorada, no estaba muerta; seguro que no yacía, junto a sus hijas, en algún lugar bajo el cielo, con sus perspicaces ojos vacíos y sorprendidos.

Mis propios ojos no estaban vacíos, sino, para mi vergüenza, cuajados de lágrimas. Enterré la cara en el colchón e intenté frenar el llanto; los hombros me temblaban violentamente y los sollozos me ahogaban, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Instantes después, noté que una mano se posaba en mi hombro, y el señor Otori dijo en voz baja: